

Olga Behar
Conversaciones con el mayor
Juan Carlos Meneses

**El clan de
Los DOCE
Apóstoles**

Icono •

icono •

©2011, Olga Behar
©2011, Icono Editorial Ltda.
Carrera 10 A No. 70-62
Teléfono: (57-1) 317 8905
TelFax: (57-1) 317 8898
Bogotá, D. C., Colombia
www.iconoeditorial.com

Diseño:
Nancy Cruz

Imagen de cubierta:
Fotoilustración de Gerardo Marulanda
con imagen de Santiago Uribe Vélez

ISBN: 978-958-8461-19-9

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Primera edición, abril de 2011
Quinta reimpresión, abril de 2014

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial
de esta publicación, mediante cualquier
sistema, sin previa autorización escrita de la
editorial.

Contenido

Prólogo	9
I El fusil	17
II Yarumal	27
III La Carolina	35
IV Campamento	49
V Los doce	57
VI Benavides	83
VII Santiago	95
VIII El cura apóstol	115
IX Cien días en Yarumal	131

X		
Segovia		149
XI		
Como el gato y el ratón		165
XII		
La captura		177
XIII		
Villalba		193
XIV		
En la boca del lobo		203
XV		
La traición		209
XVI		
El reencuentro		223
XVII		
El destape		231
XVIII		
El otro Santiago		265
XIX		
La llamada		285
XX		
El que la hace, la paga		297
Epílogo		309
Fuentes de información		325

Prólogo

Por Antonio Morales Riveira

No es vano decir que la historia es de los sobrevivientes y no propiamente de los historiadores. Y en este caso, en el libro de la periodista Olga Behar, él y los sobrevivientes de la historia son –desde la profundidad de la primera persona y de los protagonistas mismos– quienes fueron cómplices y por serlo, causaron y causan en Colombia el proceso horrendo del paramilitarismo, del despojo de las tierras, de la agresión interminable a un campesinado inerme.

Igualmente una de las formas más eficaces, ciertas y de primera mano de construir y hacer historia ha sido el periodismo y su faceta primordial, la reportería. Y mi colega Olga Behar carga consigo todos los frutos e igual los bultos de haber sido desde muy joven una reportera singular en la historia de la profesión en Colombia. La reportería, ese gran género, no implica necesariamente hoy en día el cubrimiento directo, sobre el terreno. También se pueden narrar historias, hechos, acontecimientos, y procesos a través de la entrevista y el testimonio, que en el caso de este libro de Olga se mezcla con eficaz habilidad con la investigación y la puesta en escena desde el lenguaje de una narración fiel a las fuentes utilizadas,

pero al mismo tiempo fiel a las necesidades del lector de seguir de cabo a rabo el relato. Porque además de informar y de revelar grandes horrores de la historia nacional, el libro de Behar cumple con el fin fundamental de un texto elaborado para los lectores: divertir así sea contando no pocas veces episodios infernales del paramilitarismo y de las relaciones de los poderes «legítimos» con ese hijo demoníaco y bastardo, ese no reconocido vástago de la burguesía colombiana.

Resultado, un texto tan bien urdido en su navegación literaria y tan bien salpicado de picos dramáticos, que pareciera elaborada ficción cuando es la realidad misma pintada y restaurada por la mano experta de la autora.

Este es pues un libro en el cual y gracias a las revelaciones de un oficial de la Policía Nacional, se ponen en evidencia en una caso específico –uno seguramente de tantos en tantas regiones del país– las relaciones de algunos sectores de las fuerzas militares con la ilegalidad, sectores que participaron de frente en el proceso del paramilitarismo y de las llamadas autodefensas.

Más allá de las múltiples anécdotas y hechos que llenan los cajones organizados de este gran armario narrativo, el libro de Behar es un anecdotario que se convierte por su propia fuerza en análisis de la violencia política, los paramilitares y el terrorismo de Estado e inclusive en tácito homenaje a las víctimas causadas por esa histórica alianza de extrema derecha durante tres décadas por parte de cabezas de los partidos tradicionales, el narcotráfico, algunos industriales, muchos comerciantes, los grandes propietarios del agro y sectores de las fuerzas armadas.

Este libro hace parte de una saga de trabajos de intelectuales colombianos que han dejado claro (y Olga con su trabajo se convierte en ícono ético) que así como el país rechaza las acciones de la guerrilla, igualmente es profundamente consciente de que los horrores del desplazamiento (cuatro millones y medio de campesinos han sido obligados a dejar sus tierras), las masacres (no menos de 50.000 colombianos asesinados por los paras), las desapariciones (nada se sabe de 10.000 colombianos), el secuestro (los paramilitares se llevaron hacia la muerte a mil ciudadanos), las torturas y los asesinatos selectivos por parte de los paras, son mucho mayores en cantidad y en atrocidad.

Este libro ayuda a revelar y a confirmar la magnitud del desangre ocasionado por el otro sector enfrascado en el conflicto armado y social y sobre todo para no olvidar a las víctimas y a sus familias –también víctimas– de estos aciagos tiempos en Colombia.

No podemos olvidar aquí los trasuntos del paramilitarismo, los hitos de espanto que esta historia, punta de *iceberg*, vuelve a traer a la memoria. Y sus implicaciones directas en la política que se ramifican y renuevan inclusive hoy, tiempo después de la desmovilización en «Justicia y Paz» de las fuerzas fundamentales del paramilitarismo y sus narcocabezas, fuerzas hoy en pleno resurgimiento y denominadas eufemísticamente BACRIM, para hacernos creer que se trata de bandas de mafiosos sin relación con el proceso anterior heredero del *chulavitismo*, o del puro y rudo paramilitarismo narcoantiterrorista.

No podemos olvidar estos fenómenos de violencia de la ultra derecha, memoria reciente de los sesenta

congresistas del uribismo (y día a día crece la audiencia) en la cárcel o investigados por apoyar el paramilitarismo, ni olvidamos la impunidad en la mayoría de los crímenes paras y la criticada desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia. Resulta inevitable el asocio de paras y Estado, de Seguridad Democrática y violación de los derechos humanos, fenómenos que aun hoy mantienen sujetos a millones de colombianos al terror, como otros muchos lo están al terror de las FARC.

La cortina de fondo es la impunidad. El propio proceso de juzgamiento de los paras llamado de Justicia y Paz, que se entregaran en 2002 y 2003, desde un principio nació muerto como hoy lo comprobamos. Las *leguleyadas* y *fintas* hechas por el Gobierno permitieron que los paras recibieran condenas máximas de ocho años con derecho a rebajas, al punto que varios de ellos ya estarían cerca de ser excarcelados. Buena parte del país recibió con asombro dicho tratamiento para los autores intelectuales de los hechos más inicuos de la historia reciente. Ni la Justicia ni el Gobierno colombiano fueron capaces de conducir un proceso justo, con verdad y reparación a las víctimas. La tan esperada verdad sobre los crímenes de los *paras*, cantidad de asesinatos, ubicación de fosas, se ha ido al traste. Y ni hablar de la reparación a las víctimas. Todo gracias a las decisiones nocturnas –por decir lo menos– de Álvaro Uribe. Como las extradiciones de todas las cabezas a los Estados Unidos con el subsiguiente freno a las investigaciones de crímenes de *lesa humanidad*.

Y más grave aún: el país esperaba que el paso siguiente a la parapolítica fuera involucrar al proceso a otros

sectores como el de los empresarios que fundaron o colaboraron con el paramilitarismo (la llamada paraeconomía) y a grupos importantes de las fuerzas armadas que armaron, condujeron y potenciaron a los *paras*. Si se ha cerrado la puerta para la vinculación de los políticos y para el acopio de acerbo probatorio contra los ya inculcados, la doble llave ha sido echada en el caso de los ricos colombianos que fueron cómplices de las masacres y de los socios militares de las llamadas autodefensas.

Esos mismos sectores de poder que trabajaron de la mano del teniente de marras, protagonista de este libro de Olga Behar. En todo esto nos cabe justamente la duda y la posibilidad de que existieran pactos ocultos que garantizaron silencios o acomodamientos. Los propios comandantes paramilitares jefes o cómplices de los militares corrompidos que ayudaron a construir el paramilitarismo, lo dijeron desde la prisión: «No hay que olvidar los peligros institucionales de la verdad». Es decir, la lista total de militares, políticos y empresarios que potenciaron y financiaron el paramilitarismo.

Falta aún revelar quiénes fueron los autores ideológicos del horror. Como es usual en el tema paramilitar, en Colombia todo el mundo lo sabe, pero nadie lo dice.

En ausencia de procesos eficaces, los datos no faltan. Tomo uno de tantos. En entrevista con la periodista Natalia Springer, Salvatore Mancuso reveló que el ex ministro del Interior y de Justicia, Sabas Pretelt, «vino a vernos en nombre de los industriales de este país», pero no precisó si lo hizo cuando el funcionario presidía la Federación Nacional de Comerciantes (FENALCO), que ejercía

antes de ser nombrado en el gabinete del Ejecutivo de Álvaro Uribe. «Los bancos participaban en el lavado de dinero del narcotráfico», y señaló que todos los «sectores estratégicos» de Colombia, entre ellos el del transporte, tuvieron vínculos con las AUC. Confirmó que las AUC, como «modelo de Estado», incidieron en varias campañas electorales a la Presidencia y llegó a «acuerdos de mutuo beneficio» con congresistas, gobernadores y alcaldes, quienes conforman una larga lista que facilitó al periódico. Aseguró que ningún político fue forzado para que se reuniera con los paramilitares. Y para rematar, Mancuso propuso hacer dos confesiones, una ante la Justicia y otra ante la Iglesia. Sólo el cinismo propio del capo de los *paras* decidiría que le confiesa a la sociedad y a Dios.

Dijo el ex jefe *para*, autor de numerosas masacres y todo tipo de delitos de *lesa humanidad*: «El paramilitarismo es una política de Estado». Agregó que «el paramilitarismo es orquestado por los gremios económicos y es alimentado por los militares». Mancuso contó que entre 1996 y 1997 se reunió con el general Rito Alejo del Río y dijo que el tema tratado fue la expansión paramilitar en Urabá, al norte de Colombia. Implicó también a los generales Martín Orlando Carreño, Iván Ramírez y al general Alfonso Manosalva (fallecido) con quien se reunió al menos diez veces. El entonces ministro de Interior, Carlos Holguín dijo: «El Gobierno no le tiene miedo a la verdad».

Este libro de Olga Behar necesariamente será un texto clave para comprender todos estos intrínquilos y fenómenos del horror de la alianza Estado-paramilitares. Clave porque revela el material de las estructuras para-militares

y porque nos cuenta a través del relato crudo, del dato y la anécdota, los detalles, los *modus operandi* de estos criminales.

Como se dice coloquialmente en Colombia: «Al que quiera más, que le piquen caña», es decir, es imposible estar más nutrido informativamente de lo que ha pasado en este país en los últimos años. La alianza conspirativa y criminal de todo un país político y económico, con unos asesinos que fueron su propio invento y que hoy, y una vez más en lenguaje popular, se han convertido en «cuchillo para su propio pescuezo». Como lo son también los decenas de miles de colombianos asesinados que señalan desde las fosas que se siguen abriendo.

Pero por lo pronto nada ha sido suficiente para golpear a los verdaderos autores ideológicos de este holocausto cometido en aras de la lucha anti insurgente.

Aun así y gracias a trabajos como el de Olga Behar, Colombia ha roto definitiva y masivamente la indiferencia frente a la guerra paramilitar. Y eso es más fuerte que una doctrina de Seguridad Democrática o un «Estado de opinión».

I

El fusil

No podía asimilar lo que escuchaba. Las cinco palabras: «Yo me llevé su fusil» derrumbaban su mundo. En segundos, su brillante carrera, su imagen de tropero incansable, de ser leal y honesto, se convertían en la peor pesadilla que podía imaginar. El teniente Juan Carlos Meneses estaba lívido como un papel. Intentó mantener el control. Total, moler a golpes a Alexander Amaya, su escolta, o intentar hacer algo peor, ya no serviría de nada. El daño estaba hecho. Y aunque sus protectores eran todopoderosos, de ésta no lo salvaba nadie.

—Amaya, no joda, no puede ser cierto. ¿Cómo la fue a cagar así?

—Mi teniente, yo qué me iba a imaginar que eso lo iban a investigar.

JUAN CARLOS MENESES:

«Todo comenzó cinco meses atrás. Yo era el comandante de la Policía en Yarumal, Antioquia. Los paramilitares tomaban cada vez más fuerza en Córdoba y Antioquia, y en el pueblo que me habían asignado operaba un grupo

conocido como de “limpieza” que tenía protectores del más alto nivel.

»Sentíamos mucha tranquilidad, porque sabíamos que el que nos protegía y estaba metido en todo era el futuro gobernador. En esos meses, Álvaro Uribe Vélez ganó la Gobernación de Antioquia. Su hermano, Santiago, siempre nos dio tranquilidad. Nos decía que ellos tenían muchos amigos en la Fiscalía, amigos magistrados, que eso no iba a pasar a mayores, porque ellos quedarían salpicados en el momento en que se abriera una investigación, ellos iban a ser los perjudicados y eso no lo iban a permitir. Entonces ellos siempre nos inspiraron confianza.

»A mí, la verdad, el allanamiento no me preocupó. En ese momento, yo era el más tranquilo de todos, pero lo que sí me causó curiosidad e inquietud, fue cuando pidieron los listados de nuestro armamento. Yo, en ese momento, no caí en cuenta de por qué los pedían. Ese allanamiento fue realizado por la Fiscalía de Medellín con el DAS de la misma ciudad.

»Pero un tiempo después, cuando el agente Amaya me dijo que las vainillas que aparecen allá, en el sitio del crimen, eran del fusil mío, a mí se me vino el mundo encima. Es cuando Amaya me dice que ellos se llevaron mi fusil para allá, para esa masacre. Ahí sí fue.

—¿Por qué? Marica, ¿usted por qué no me dijo? Yo mismo estuve en el levantamiento de los Quintero Olarte, yo mismo fui el que recogí las vainillas y se las entregué a la inspectora de Policía. Donde usted me hubiera dicho eso, pues yo cambio las vainillas o las boto, cualquier cosa hago, le digo a la inspectora: “Vea ahí le tengo

las vainillas”. Me las llevo y se las cambio, después se las entrego, pero yo fui el que recogí las vainillas, yo estuve en el levantamiento. Le voy a contar exactamente qué fue lo que pasó.

»Como le estaba diciendo, había un grupo que desarrollaba tareas de “limpieza social”, supuestamente para garantizar la paz en el pueblo. Uno de esos casos fue el de unos hermanos Quintero Olarte que extorsionaban a la gente de dinero. Santiago me llama y me cuenta de un caso que está sufriendo un empresario de apellido Palacios, que tenía un restaurante que se llamaba Las Rocas:

—Meneses, vamos a armar un operativo contra el extorsionador, pero necesitamos que nos ayude con la información.

»Entonces yo fui y le tomé declaración al empresario y armé el operativo para que fuera la gente del grupo paramilitar y también algunos agentes de la Policía. Cuando los extorsionadores —que eran los dos hermanos Quintero Olarte— fueron a recibir el dinero del empresario, se armó la *plomacera* y lograron dar de baja a uno de los delincuentes. Pero otra persona se les voló del lugar. Yo rendí un informe que daba un resultado positivo. Según ese informe, gracias a la acción de la Policía, se había logrado impedir la acción de los delincuentes. La realidad es que todo se hizo por instrucción y acción del grupo que se conoce como Los Doce Apóstoles.

»Hasta allí, todo dentro de lo que podríamos llamar “normal”. Pero, ¿qué pasó? Que este extorsionador que se escapó fue perseguido por el grupo. Entonces mi escolta, Amaya, me dice:

—Vea teniente, a esta persona ya la tenemos ubicada.

—¿Y dónde está?

—En la finca La Sirena, a las afueras de Yarumal.

—Muy bien, entonces hágale.

»Armaron el operativo y asesinaron a dos personas de apellido Quintero Olarte, padre e hijo. El hijo era el que había hecho la extorsión y se había logrado volar.

»El problema fue que al agente Amaya, mi escolta, yo nunca lo autoricé para que llevara los fusiles, porque fueron dos: no sólo se llevó su fusil, sino también el mío. En ese operativo les causaron la muerte a estos dos, pero para colmo hirieron a dos menores de edad.

»Al otro día yo me fui al levantamiento de los cadáveres, con la inspectora de Policía. Yo mismo recogí las vainas, las embalé y las entregué a las autoridades.

»Por eso a mí se me derrumba todo, cuando constato que mi fusil estuvo allá en esa masacre, en la muerte de esas dos personas y las heridas de los niños. El allanamiento fue por los mismos días en que capturan a los comerciantes de Yarumal, porque es que la investigación venía de tiempo atrás. Esa investigación la estaba haciendo el CINEP¹, por todas las muertes que se venían sucediendo; eso se unió a la denuncia de la personera del pueblo de Yarumal, Lillyam Soto Cárdenas, por lo que fue seriamente amenazada, porque ella también estaba investigando al

¹ Centro de Investigación y Educación Popular.

grupo, llamado entonces de “limpieza”.² Entonces, ya el proceso se venía armando desde esa época, por las muertes, por la supuesta participación de miembros de la Sijín, con la colaboración de la Policía y del Ejército, para que estas personas cometieran asesinatos allá. Por eso, cuando llegan a hacer el allanamiento, yo no me sorprendo.

»Inicialmente allanan la habitación que se encuentra en la parte baja del comando y que está alquilada a un particular, no a la Policía. Allí, encuentran elementos de intendencia, y yo dije: “Pues que responda la persona que alquiló eso, ahí no hay nada que nos involucre”. También encontraron la cédula de alias Rodrigo, que era la mano derecha de Santiago Uribe Vélez.

»A mí me preguntaron: “Bueno, ¿y esa habitación qué?”. Les dije: “Siempre ha estado con candado y la Policía no tiene ningún vínculo con el arrendatario ni con la dueña de ese cuarto”. Esa fue mi primera defensa. Les expliqué que esa puerta tenía una llave que no se usaba,

² Según el periódico *El Tiempo* (16 de junio de 2010), el sacerdote Gonzalo Palacios, acusado de ser uno de los promotores del grupo paramilitar, «conoció a Soto siendo una niña y, paradójicamente, la ayudó a ingresar a la administración de Yarumal. Y ella, como personera del pueblo, fue quien inició las denuncias sobre las muertes en serie, que más tarde salpicaron a varias personas, entre ellas al cura y a varios comerciantes y ganaderos, entre ellos a Santiago Uribe, hermano del presidente Uribe. En 1993, Soto hizo pormenorizados informes sobre las muertes, que implicaban a uniformados. Y aunque, al igual que el cura, prefiere no hablar del caso (...), le dijo a *El Tiempo* que si la justicia la llama, ratificará lo dicho hace diecisiete años, incluso que fue amenazada de muerte: Soto recibió una llamada en la que le dijeron que dejara de investigar o sería asesinada. “Los procesos penales se construyen en su momento con trabajo efectivo, con verdades, pero no con *boom* publicitario”, dice ahora. Y agrega: “Lo que hice y dije está en Fiscalía y en Procuraduría. Como ciudadana ya cumplí”. u.investigativa@eltiempo.com.co

que la Policía no tenía nada qué ver con eso, que nosotros no habíamos arrendado esa habitación. Yo no tenía ninguna prevención, no me imaginaba que el allanamiento marcaría un cambio tan drástico en mi vida. Pidieron los listados de personal y de armamento de la Policía de Yarumal y yo, sin ninguna prevención, los entregué también.

»Pero la realidad era otra. Del lado de Rodrigo, había una llave. Y del lado mío, tenía un pasador. Entonces, cuando necesitábamos hablar, nos poníamos de acuerdo y cada uno quitaba el seguro de su lado. Ya en la investigación, se establece que quien la alquiló fue un hacendado, Álvaro Vásquez Arroyave, para que Rodrigo, que era el jefe de las autodefensas rurales tuviera un sitio como su centro de operaciones, como su búnker. La señora que se la arrendó vivía como a una cuadra del comando y ella certificó que quien había hecho el contrato con ella había sido Vásquez. A partir del allanamiento, de nada nos sirvió tener ese mecanismo de comunicación, porque Rodrigo se perdió de Yarumal.

»Cuando los de la SÍJIN le contaron lo que había pasado, buscó la forma de hablar conmigo. Nos reunimos en un sitio a las afueras de la ciudad y allí le conté todos los detalles del allanamiento. Él se preocupó muchísimo, porque ese hallazgo permitió que se llevaran su nombre verdadero. Pero además de la cédula, habían encontrado otros papeles que lo comprometían muchísimo. O sea que a partir de ese hecho, la Fiscalía tenía conocimiento de quién era él, y lo podrían relacionar con las acciones del “grupo de limpieza”.

»Fue un escándalo a nivel nacional por todos los medios de comunicación: prensa, radio y televisión informaban que habían allanado el Comando de la Policía de Yarumal.

»Me llama el comandante del departamento, el general Alberto Rodríguez Camargo:

—Teniente, ¿qué fue lo que pasó? El director general de la Policía está preguntando que usted por qué permitió el allanamiento al comando.

—Mi coronel, ese no es el comando, esa es una habitación que queda contigua al comando, allí los policías ni entramos. Eso es independiente.

—Teniente, ¿y usted por qué entregó los listados del armamento y de los policías que hay en el comando?

—Es que yo no veo ningún problema en haberles entregado eso. Además, es una autoridad competente la que me está solicitando los listados.

—Pero usted debería haber consultado.

»Me gané un poco de regaños, que por qué yo no llamé, que por qué no avisé, que mire el escándalo que hay por televisión, que dicen que fue que allanaron el comando.

»Hoy es que puedo contar las cosas como fueron. Pero en ese entonces, públicamente, esa era la versión y de allí no nos íbamos a mover ni un centímetro. Pero, ¿qué había detrás de todo esto?

»Cuando Benavides me hizo entrega del comando, después de presentarme a Santiago Uribe y de ponerme al tanto de la operación del grupo, llamado entonces de “limpieza”, me contó uno de los grandes secretos de todo ese montaje paramilitar.

»El grupo estaba dividido en dos: uno era el urbano, al mando de Pelo de Chonta, y otro que tenía el control rural, al mando de Rodrigo. Pues este segundo enlace, Rodrigo, alquiló una pieza al lado del Comando de la Policía. Por lo quebrado del terreno, muchas de las edificaciones tienen como una especie de sótano... Así era la Policía en Yarumal. Nosotros estábamos en los pisos de arriba y el cuarto del sótano tenía conexión con la habitación donde yo dormía en el comando. Entonces, esa comunicación permitía el contacto en cualquier momento que se necesitara. Rodrigo tenía, en su habitación, unos uniformes de la Policía y del Ejército, que eran los que usaban en los operativos. También había capuchas, botas y otros elementos que son los que la Fiscalía encuentra en el allanamiento.

»Cuando se armó el escándalo, en las noticias también hablaban de la muerte de una persona que había asesinado el “grupo de limpieza”, que fue un guerrillero al que encontraron en el terminal de transportes. Lo persiguieron y el muchacho salió en carrera, con seguridad buscando nuestra protección. La persecución fue casi hasta la esquina del comando donde lo acribillaron. El noticiero mostraba la sangre y hacía un paneo y mostraba lo cerca que estaba el comando. Entonces claro, eso fue un escándalo, cuestionaban por qué la Policía no había actuado, y afirmaban que la Policía sí tenía vínculos con el “grupo de limpieza” que operaba en Yarumal. Se referían al allanamiento en el que encontraron uniformes; eso se armó la de San Quintín allá en Yarumal.

»Entonces, a raíz de todo ese escándalo, el comandante del departamento me dice:

—Lo mejor es que usted salga de allá, eso se calentó.

—Pero mire mi coronel, yo apenas llevo tres meses y medio acá.

—Pero es que desde la época de Benavides vienen muchos muertos, hay muchas amenazas, eso está caliente, mejor toca sacarlo de allá.

—Bueno, ustedes son los que ordenan.

»Por ese caso yo estuve detenido en dos oportunidades, una vez seis meses y otra vez tres meses por el mismo hecho. Después me liberé, logré mi salida con mi abogado, porque yo sabía que era un proceso político, había intereses para que involucrara a Santiago, pero yo decía que Santiago no tenía nada qué ver. Él me decía “tranquilo que ese proceso va a salir adelante”, que el hermano ya estaba encima del proceso y que el proceso iba a ser cerrado, como efectivamente ocurrió».